

MANUEL PINEDA PRIEGO Y ESPEJO

Miguel Ventura Gracia
Académico Numerario

Me resulta afflictivo ocupar esta tribuna para hablar de un académico amigo, joven, sabio y emprendedor, que nos dejó tempranamente sin haber dispuesto de tiempo cabal para ofrecer a esta Real Academia de Córdoba los muchos e interesantes conocimientos que su mente atesoraba. Sendos trabajos de nuestros compañeros académicos Aniceto López Fernández y Manuel Blázquez Ruiz ya nos brindaron —con dolor y añoranza— en el último número de la serie *Académicos en el recuerdo* una incursión por el itinerario vital de quien revivimos también en esta sesión necrológica con nostalgia y aflicción.

Pero esta noche quiero que mis palabras transiten por veredas diferentes a las ya recorridas, en pos de otras facetas del Dr. Pineda, espejeño de pro. Esta noche, digo, me detendré particularmente en el servicio que nuestro ilustre académico brindó a las gentes de su patria chica. Espejo. Su Espejo, pueblo hospitalario como pocos, al que un buen día el eminente poeta y académico numerario Manuel Gahete así lo definió: «Espejo / Complejo trazado de calles ascendentes/ encumbrándose azuladas / hacia un castillo agazapado / bajo la cúpula del cielo».

Todos los presentes conocemos el vasto currículum que Manuel Pineda llegó a atesorar. Pues bien, llegado el momento, esa sabiduría acumulada durante años y años de voluntad y determinación será la que el académico espejeño vuelque sobre la Atalaya de la Campiña. Su maravillosa Atalaya, desde la cual oteaba en su niñez un horizonte inacabable, atractivo y sugerente, que lo seducía e incitaba a recorrer y alcanzar. Diríase que ese paisaje deslumbrante percibía en aquel muchacho inquieto unos valores, que, con el paso del tiempo, pudo largamente demostrar.

Y fue en el tejido empresarial donde Espejo conoció a un Manuel Pineda en otras de las múltiples capacidades que activaron su labor. Para ello hubo de reinventarse, sobre todo cuando decide implicarse y hacerse con las riendas —no sin obstáculos e incomprensiones— de la Cooperativa Olivarrera «San Isidro» a la que, con férrea voluntad, supo optimizar.

Para ello se valió, digo, de sus conocimientos, pero también de su firmeza y resolución...; y de su inventiva para publicitar a la cooperativa ucubense en el campo de la industria oleícola comarcal. Así, cada año, a propuesta de nuestro compañero académico y empresario, se organizaba el «Día de la Cooperativa», en que se hacía entrega del Premio Fundación Antonia León —San Isidro—, un patronato eficaz que él mismo había logrado instituir. El agraciado con el premio solía ser una figura de especial relevancia y más si había destacado por su apuesta en favor de la agricultura, y especialmente en el olivar o el aceite. Baste citar, por ejemplo, al eminente cardiólogo D. Manuel Concha Ruiz (2010), conocedor de las propiedades del aceite de oliva y miembro de esta Real Academia; a la igualmente afamada política cordobesa D.^a Rosa Aguilar Rivero (2011); al veterano reportero y prolífico escritor Tico Medina (2012); a D. Manuel Parra Rosa (2013), rector de la Universidad jiennense y uno de los mejores conocedores del sector oleícola español; o a D. Andrés Montero García (2014), Jefe del Servicio de Promoción Cooperativa en el Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, y más tarde Director General de Cooperativas, etc. etc.

Ni que decir tiene que la prensa se hacía eco de estos acontecimientos, y en consecuencia, la Cooperativa que el Dr. Pineda regentaba fue adquiriendo, año tras año, especial notoriedad.

Pero el profesor Pineda no solo se ocupó en acrecentar el rendimiento económico de la empresa —aunque fue la tarea fundamental—. Afecta a la Cooperativa Olivarera «San Isidro», logró también la ya citada Fundación Antonia León de Espejo con unos objetivos realmente altruistas. En primer lugar, premiar el esfuerzo en el estudio de los hijos de los socios, mediante la concesión de becas para el Instituto, pero también dotar de los mejores medios y material técnico al IES local. Más aún, hubo ocasiones en que, en colaboración con el IES «Pay Arias» de su pueblo, se organizaban concursos literarios donde el olivar y el aceite de oliva era el tema cardinal.

Valgan otros dos ejemplos. Con motivo de la pandemia provocada por el COVID-19 la todavía denominada Fundación Antonia León, en colaboración con la Corporación municipal, pone en funcionamiento un servicio de atención a un sector de la población espejeña especialmente vulnerable, bien por la edad, bien por algún tipo de dependencia. Para ello, Ayuntamiento y Fundación firman un convenio de colaboración, con fecha 14 de abril de 2020, en virtud del cual este patronato regido por el Dr. Pineda aporta una importante cantidad para la adquisición de mascarillas y la contratación de personal para su distribución. Y siempre atento a

la dotación de premios a la juventud espejeña para motivarla en el camino del estudio, el esfuerzo y la responsabilidad. Valores que nuestro añorado académico llevó siempre por bandera. Yo diría que cuando Manuel Pineda escogía un camino, un designio o una resolución parecía emular al guerrero de la luz, de Paulo Coelho, el guerrero que «cuando comienza, llega hasta el final».

En definitiva, un compromiso con su tierra tratando de mejorar su economía, pero también implicándose en temas solidarios que rebasaban su tarea al frente de la Cooperativa Olivarera «San Isidro», sin duda la entidad más emblemática de la —como diría el creador de la Bolsa de Valores, el espejeño José de la Vega— «vistosa e piramidal villa de Espejo».

Pero, por desgracia, se nos fue con edad temprana, aunque eso sí, con la conciencia serena y tranquila —así me lo confesó— del deber cumplido. Y muy principalmente, en el seno familiar, volcándose en la formación y expectativa de sus hijos, que siempre tuvieron en su padre —y en, Rafi, madre y amantísima esposa— un espejo donde reflejarse.

Días antes de dejarnos mantuve con Manolo una larga conversación. En el transcurso de ella, como espejeños, surgió la devoción a nuestro Nazareno —muy arraigada en la familia de Manuel— a cuya imagen, revestido de túnica morada, acompañó nuestro académico en su juventud, cada Viernes Santo, en su recorrido procesional. Y con la palabra Nazareno en nuestros labios nos despedimos hasta el día en que, esperanzados, pudiésemos volver a conversar... Mas ese día, infortunadamente, no llegó.

Te nos fuiste, amigo. Te nos fuiste arropado del verdor del naranjo en primavera, y aromado con perfume de azahar. Pero puedo asegurarte, querido Manolo, que tu espíritu y tu recuerdo, y el fruto de tu sapiencia y erudición —tu legado— habitan y habitarán por siempre en esta tu Academia..., y en el recuerdo de quienes hoy honramos tu memoria.

★ ★ ★

